

ENTRE Y PREGUNTE SIN MÁS

«Mi abuelo, al tomar el café, me hablaba de Juárez y de Porfirio, los zuavos y los plateados. Y el mantel olía a pólvora. Mi padre, al tomar la copa, me hablaba de Zapata y de Villa, de Soto y Gama y los Flores Magón. Y el mantel olía a pólvora. Yo me quedo callado, ¿de quién podría hablar?». Has recordado este poema, un poema con aires de canción mexicana, y aquellos tiempos en los que el mantel olía a pólvora han vuelto a ocupar tu memoria. Y una extraña necesidad, la de venir hasta aquí, para acabar paseando como ahora paseas, entre las cruces, mientras empieza a nevar otra vez. Te subes el cuello del abrigo, te frotas las manos, vuelves hacia la entrada y te detienes ante la estela bajo un tejado a dos aguas para leer la inscripción que al entrar ignoraste. En este cementerio descansan veintiséis soldados alemanes de la Primera Guerra Mundial y ciento cincuenta y cuatro de la segunda. Pertenecieron a tripulaciones de aviones que cayeron sobre España, a submarinos y otros navíos de la armada hundidos junto a nuestras costas. Algunos murieron en hospitales españoles a causa de sus heridas. Sus tumbas estaban repartidas por todo el país, allí donde el mar los arrojó a tierra, donde cayeron sus aviones o donde ellos alcanzaron a llegar.

Has venido a pie, desde Cuacos de Yuste, dejando un largo rastro en la nieve. Las pisadas oscuras. Los cristales de hielo aplastados, derritiéndose. Esta mañana los campos aparecieron cubiertos, aunque ahora vuelve a lucir el

sol, un sol de invierno, brillante, pero débil. Las montañas aún se ven de color lila y todavía no han despejado la calzada, pero la puerta aquí está abierta. Alguien, siempre puntual, se encarga de que todo esté en orden. Aun así, no ves a nadie. Hace tiempo que la curiosidad de unos pocos, alimentada al principio por algunas noticias de periódico, dejó paso a la soledad de los muertos que van cayendo en el olvido, atrapados para siempre en tierra extraña. Nadie ha salido como tú tan temprano, sólo para ver unas cuantas tumbas. Nadie, excepto tú, el hombre que sabe que debe permanecer al margen y leer la historia que vivieron los demás.

Dicen que al caer la tarde vienen algunas personas del pueblo. Que al anochecer ven halos de luz. Y que traen flores. Una vez para una tumba. Otras para otra, al azar, porque ya nadie sabe quiénes son estos hombres, ese montón de nombres a los que de vez en cuando alguien rinde un silencioso homenaje. Tú te entretienes leyendo las inscripciones, calculando la edad que tenían cuando cayeron. Oficiales, cabos, soldados rasos. *Ein unbekannter deutscher Soldat*. Un soldado alemán desconocido. Y otro un poco más allá. Y otro. Nombres hermosos, con ecos muy diferentes. Las cruces, en cambio, todas iguales, de granito, toscas y un tanto irregulares, aunque sobrias, elegantes, y no muy altas. Tienen regueros oscuros. De los frutos de los árboles. Y blanquecinos. De los pájaros. Hay hojas de roble caídas sobre la nieve. Una alfombra de condecoraciones pardas, crujientes. Y las estelas de pronto cobran vida. Son hombres uniformados, todos de la misma estatura y con el mismo porte, un ejército en formación, aunque ya no marcan el paso, no pueden presentar las armas, encogidos para

siempre bajo la tierra, entre encinas y olivos encorvados, bajo un sol que no es el suyo. También un par de robles y una glicinia seca estiran los dedos hacia la luz. Y la hiedra y la retama en los lindes, junto a la tapia.

Has visto tantos cementerios a lo largo de tu vida. Pequeños, grandes, luminosos, lúgubres. Casi todos se parecen. Y, sin embargo, cada uno tiene una personalidad propia. La que le han dado los familiares de los muertos, la gente del lugar, no la que hubieran querido quienes en ellos yacen enterrados. Pocos, muy pocos, parecen dispuestos a cumplir la última voluntad de los demás. Pocos, menos aún, la expresan con la sencillez y la sinceridad de un poeta. Si alguna vez muero, quiero azaleas encima de mí. Quiero una ausencia de cruces. Azaleas encima de mí... Debe de ser tan difícil resistir a la tentación del monumento. Y, sin embargo, nada aquí hace pensar en la sangre, en el dolor, en el caos de los cuerpos desmadejados. Qué distinto del cementerio judío de Praga, con esa profusión de laudas, agazapadas unas sobre otras, como dientes en el interior de una boca talmúdica. Éste es un cementerio alemán. Ordenado, recto.

Hermann Kilp. 1920-1943. Günter Reinke, muerto a la misma edad. Johannes Hoffmann, a los veinte. Waldemar Sichart von Sichartshoff, a los veinticinco. Otto Reichert, a los veintiuno. Walter Klima, a los veintidós. Rudolf Tanzberger, también a los veintiuno. Alfred Schlappa, Lothar Klooss, Florian Stabentheimer, Karl Bruckner, Peter Brühl. Así hasta ciento ochenta hombres, la mayoría muy jóvenes. Seres humanos que ya no son. Como tantos otros, muertos a manos de sus semejantes. Respiras hondo. Cierras los ojos. Dicen que en tiempos de guerra hay que aprender de

nuevo a vivir. Como en una cárcel. O después de una pérdida. Tal vez por eso sean tiempos que se recuerdan sin cesar. Tiempos en los que en unos pocos años, en unas horas, se vive lo que otros quizá no vivan en toda una vida, algo que a muchos les costó la suya. En esos tiempos de muertos que no mueren del todo. Dicen también que en esos tiempos en los que el mantel huele a pólvora es cuando de tu interior puede surgir lo más grande y lo más vil. Las nobles cualidades, del mismo rincón que las acciones más ruines.

Tal vez por eso los de guerra sean tiempos que recuerdas sin cesar. Tal vez por eso el poeta añoraba que su abuelo, después de comer, le hablara de Juárez y de Porfirio, de los zuavos y los plateados. Porque él, después de comer, se quedaba callado, preguntándose de qué, de quién podría hablar. Como tú, por más que hables para tus adentros, repitiéndote siempre las mismas preguntas. Como tú, que quisieras hacerlo en voz alta. Hablar de todo aquello que te han contado, de lo que no te dijeron también, de lo que has podido averiguar. Hablar de Julio y de su hermano José con los codos apoyados sobre la mesa. De Julio y de su hermano José contemplando la carne transparente, roja, las semillas negras, resbaladizas. De Julio y de José reunidos por última vez en torno a un mantel. Y de Clara, frente a la tumba de su hijo, muerto también a los veinte años, también él a manos de uno de sus semejantes. Hermann Stauffer. 1939-1961.

Has vuelto el rostro hacia el pasado y quieres detenerte, recomponer los fragmentos, no dejarte arrastrar por el futuro, porque sabes que tal vez la única manera de lograrlo sea escribiendo, tratando de recuperar cada retazo antes de que se pierda para siempre, pero tu ánimo es un ser desconocido, caprichoso, una criatura a la que con frecuencia ni

tú mismo parece entender. Tan pronto piensas que hay que hablar en voz alta, que hay que escribir y que hay que tratar de hacerlo como un poeta, como sientes una aversión invencible hacia la palabra, no sólo hablada, también escrita. Pero no tardas en volver a estar convencido de lo contrario, de que sí, de que hay que hacerlo, obedecer a esa necesidad, a ese urgente deseo de coger papel y lápiz y ponerte a escribir, aunque sabes que las dudas, la sensación de que harías mejor cortándote la mano derecha, no tardarán en reaparecer. Cortarte la mano derecha, sí. Y después la izquierda, en cuanto aprenda a hablar como la otra. Silencio, te dices. Y no se hable más de ti, ni siquiera de tus manos, esos muñones empeñados en juntar palabras. Porque tú aquí no eres nadie. Sólo un hombre que debe permanecer al margen y leer la historia que vivieron los demás.

Karl Bruckner, Peter Brühl, Otto Rink. Los nombres de todos esos jóvenes desaparecidos hace años y años. Las cifras que tanto dicen, sin decir apenas nada. 1923-1943. 1921-1943. 1920-1941. Una vez más, respiras hondo, con los ojos cerrados, y en el silencio sólo roto por el vuelo de una bandada de rabilargos y el tableteo del pico de una cigüeña acechas la voz del viento. Y de pronto escuchas un disparo, una bala que se hunde en la carne, que se pierde en la nada, inmensa, de otro tiempo. En tu corazón. En el silencio del campo todo se oye cerca y a un tiempo lejos, con lo que resulta difícil saber si el ruido vino de dentro o de algún lugar ahí fuera. Y sientes un fuerte dolor en el pecho. Una silueta oscura, una sombra agazapada en tu interior, levanta la cabeza y te mira a los ojos. Despacio y a la vez de una manera súbita. Una sombra agazapada tras el tronco de una encina, como una escultura de bronce reverdecida

por el tiempo que de repente cobrara vida y alzara la vista en mitad de un sueño. Tan despacio y a la vez de un modo tan repentino que aún sientes que te está mirando. Abres los ojos, para no ver su rostro, para que deje de mirarte.

Las vainas de las glicinias tiemblan sobre tu cabeza, murciélagos de carnes lívidas recogidos en la bolsa formada por sus alas. Y los toros vuelven a mugir allá lejos. Vamos, Samuel. Trata de reconstruirlo todo. Busca los fragmentos entre la pila de escombros. Y te das media vuelta y te alejas por el camino blanco, pisando tus propias huellas, el largo rastro de tus pisadas en la nieve, cabizbajo, sumido en tus recuerdos, en tantas preguntas aún sin respuesta, sabiendo que tal vez nunca llegues a conocerlas, pero dispuesto a coger al fin papel y un lápiz. A escribir. Despacio, con paciencia, porque cada palabra es una lucha, una lucha con el deseo de callar, con la imposibilidad de hacerlo. Y aun así, seguir adelante, con la misma calma con la que te sentarías en un banco de una calle cualquiera a esperar que las palabras acudieran a ti, esas palabras que tan a menudo parece que se te niegan, que huyen de tu lado, pero que de pronto, cuando menos lo esperas, te llegan como si fueran copos de nieve, cayendo desde lo alto sobre ti, descendiendo hasta cubrirte por completo.

Imágenes, ideas, palabras con las que ir reconstruyendo el pasado, esa selva enmarañada, borrosa, sombría y llena de misterio que abarcas con la mirada desde lejos. Imágenes, ideas, palabras que a menudo te vienen como por casualidad. Como los sueños, sólo en apariencia azarosos. Para tratar de recomponer lo que, despedazado, ha ido quedando atrás, recurriendo casi tan sólo al presente, al infinitivo, al gerundio. Y, sobre todo, a las pausas. No sólo

en la escritura. Quisieras hablar también así. Siempre rozando el silencio. Presente, infinitivo, gerundio. Los tiempos del poeta, del conjuro. Los tiempos de la oración, no siempre agradecida. Y abandonar el pretérito perfecto, en el que tantas veces se echa en falta lo incompleto, la duda. Esa música capaz de hacerte vivir en otra dimensión, de obligarte a imaginar, instalándote para siempre en la generosidad de la incertidumbre. Hay tantos verbos definitivos en la vida de la prosa.